

MENCION

NO TE VAYAS

por Jorge Salmón

a José Agustín y su chavita

Y el pequeño arco de la ventana. Un frío rabioso y la luz pálida y pesada de la luna sobre todo. Las ventanas pequeñas son más íntimas. Es tan cómoda la intimidad y el ambiente colonial y gélido de estas habitaciones. —Ven, me dijo. Le acaricié la barbilla, sin importancia, casi sin arrepentimiento. Pero la risita que se me escapaba, no era otra cosa que el agradecimiento que sentía de que ella no hubiera insistido en que saliéramos. Pero esto se tornaba insoportable cuando se empeñaba en seguir platicando, tratando de mostrar un interés que no tenía en la plática. Era como si quisiera disculparse.

—Ese rancho cochino me aburría demasiado ¿sabes? Ya me estaba poniendo de muy mal genio.

—Olvídate. Lo que importa es que ya estamos en la ciudad; dirás que solos y libres y muy desaburridos. . .

Me miró absorta como hurgando mis ojos.

Carajo. Ella nunca me quiso. Qué inútil. Traté de darle vueltas al asunto, pero era ya tan tarde, estaba tan agotado; era tan frío el cuarto. Me dormí insatisfecho.

De nuevo su voz húmeda: —Traje estas latas de sopa. ¿Te sirvo?

Me deslizaba entre las sábanas. Sudoroso y adormecido. Salté de la cama y me acerqué a ella, demacrado; alcancé a notar su sonrisa morbosa con que miraba mi cuerpo desnudo. De alguna parte lejana provenía una reverberación musical engañosamente alegre. Se sentó frente a mí y empezó a comer su sopa. Yo la miraba inexpresivo bebiendo un trago de jacino. Tenía los muslos blancos y los senos erectos, es cierto, pero ya ni siquiera me importaba tanto.

Había estado con su alegre vestido opalino. (Bailamos tanto en las noches abiertas de la provincia.) Vamos a la salita me dijo, quiero descansar. Salimos de la cocina silenciosos. Es odiosa esta vida tan estúpida, tan a medias, tan aburrida. . . —dijo casi a punto de gritar.

Un sonidillo chillón de una carcajada se dejó escuchar. Larguémonos —me dijo tomándome de la mano—, chingada madre, me encabrona que nos espíen, no soporto a los soplones. Y esa misma noche regresamos.

Me decías que estaríamos solos y libres, en mi ciudad; me lo dijiste y te ponías tan entristecido. Era conmovedora con su insignificante llanto.

—¿Decías algo?

Cuando aparentemente ya no hay nada que decir y ocultar, que se desbor- da la verdad. Me puse de pie y fui a lavarme. Miré en el espejillo mi rostro opaco. Ella me miraba siempre.

Pasé la mañana flanqueando la cama y cuando era mediodía comencé a vestirme lentamente, sintiendo demasiado, el frío del pantalón de mezclilla y presionando el cierre de la bragueta tratando de contenerme.

—¿Vas a salir? —Dijo entre dientes, casi no se escuchaba— Para ese momento ya había planeado lo que le iba a contestar: —Sí, no te preocupes. Su mirada me cubría, me insistía. Afuera se escuchaba el viento: era como aliento de muertos.

—No te vayas, me dijo dejando caer lentamente su mano temblorosa en mis espaldas.

—Ahora vuelvo— contesté casi huyendo. Hubiera querido agregar más. Es tan triste no tener nada fuera de lo normal por dentro. Completamente completo. Sin nada que agregar, dispuesto a salir.

Ella seguía todos mis movimientos con mucho interés. La miré de soslayo y tuve un pensamiento audaz: la puerta. Le dije “adiós” quedito, como temeroso.

Es triste cuando se dice “adiós” no para despedirse: para huir. Abrí la puerta despacito y recorrí el pasillo asentando los tacones para darme ánimo.

Afuera me volví a sentir solo y sonreí. Compré el boleto para el autobús sintiéndome tan sin disculpa, y caminé entre la gente.

